



**Padre
FRIDOLÍN KIENINGER STÜTZ**

"El P. Fridolín Kieninger, SDB.

concluyó su vida terrenal y pasó a la casa del Padre.

*Sus hermanos el P. Helmut SDB y Ottokar
y demás familiares en Alemania,
los Salesianos de Don Bosco, el Colegio de León XIII,
los Cooperadores,
los Exalumnos Salesianos y todos sus amigos
invitan a la concelebración eucarística
para darle gracias a Dios por su vida y su sacerdocio."*

Esta fue la convocatoria que cubrió el horizonte nacional y llegó a tantos hogares. La que entró al corazón de muchos para colmar el Santuario Nacional de Nuestra Señora del Carmen, bajo cuya tutela nació hace 106 años la presencia salesiana en Colombia. El Padre Fridolín, había sido parte viva de la misma durante sus 66 años como hijo de Don Bosco, todos dedicados a nuestra tierra, desde cuya orilla dio el paso a la eternidad. Nos congregábamos para decir GRACIAS por una existencia que había culminado en su pascua.

Su entrega a Colombia está marcada por la dimensión misionera de la vocación salesiana: "Las misiones representan para los Salesianos una dimensión esencial de su apostolado" proclamó solemnemente la Sociedad Salesiana (CGE.236). En realidad, la tradición salesiana está marcada por un indiscutible carácter misionero. El XIX Capítulo General destacó "el ideal de Don Bosco que quiso que la obra de la misiones fuese el afán permanente de la Congregación, hasta tal punto que formará parte de su naturaleza y de su finalidad". Y el Capítulo General Especial, el de la renovación salesiana y su proyección hacia el futuro, señaló que el aspecto misionero "constituye una aplicación privilegiada y de primera línea de nuestra misión, respecto a las clases populares y los muchachos pobres..." (GGE.56)

Como bien se sabe, la primera fundación salesiana fuera de Italia la constituyó el envío de Don Bosco a un grupo de sus hijos a América Latina. Con esta expedición apostólica se cristalizaban sueños de Don Bosco y se inauguraba la dimensión misionera del carisma salesiano. No se partió entonces de contextos de exuberancia de personal y de consolidación de la Congregación. Había necesidades muy grandes y escasez de personal. Lo que contaba era la urgencia del Reino. Las expediciones misioneras sucesivas, desbordantes de entusiasmo evangélico, institucionalizaban la connotación misionera salesiana con todas sus implicaciones de ir a lugares lejanos desprendiéndose de patria, familia, para ir a encarnar y entregar la propia vida por los más necesitados. El "quedarse con Don Bosco" de Juan Cagliero, expresión de amor y fidelidad, se transformó en "partir en nombre de Don Bosco" que lo puso al frente de la primera expedición misionera.

El P. Fridolín se mostró heredero de esta audacia de Don Bosco y del entusiasmo misionero de los primeros tiempos. Su Alemania natal fue cuna generosa de misioneros que lo dejaron todo por venir a ser Don Bosco entre nosotros.

El P. Fridolín era uno de los supérstites. Hay varios nombres como el suyo que expandieron con su trabajo abnegado el carisma de Don Bosco en Colombia: página esta de nuestra historia precedida en la Biblia por el llamamiento de Dios a Abraham y la obediencia de éste a Dios con dejar su tierra y su parentela para ponerse en camino hacia otros lares que Dios le mostraría. Así lo presentó en su homilía Mons. Héctor Julio López, SDB, quien junto con Mons. Jesús María Coronado SDB, y Mons. Agustín Otero, obispo auxiliar de Santafé de Bogotá, presidía la concelebración de 39 sacerdotes en comunidad eucarística con tantísimos hermanos y amigos presentes espiritual y corporalmente ante los restos mortales de quien se quedó para siempre en Colombia. Lo rodeamos en la entrega definitiva de su vida. Su rostro plácido reflejaba aún la amabilidad del P. Fridolín.

CUNA Y CRISOL

Los orígenes marcan tanto la existencia de todo ser humano. Al mirar retrospectivamente no sólo se descubren significados de los rasgos de la persona y sus actitudes sino también se entienden motivaciones naturales y sobrenaturales. Por eso es tan iluminador pensar en lugares y épocas. Hoy traemos a la mente una ciudad pequeña, Schwäbisch-Gmünd, con la que nos familiarizamos al saber que en ella vino a la vida el P. Fridolín. Nació para Colombia de una familia de profunda raigambre católica en la que vieron la luz otros tres hijos: Brunilda, quien murió hace ya tiempo, Helmut hoy sacerdote salesiano y Ottokar, padre de familia. A los diez días de nacido, fue bautizado en la fiesta de la Asunción de la Virgen al Cielo, 15 de agosto y recibió los nombres de sus padres: Fridolín María: era la concreción histórica de una vocación salesiana muy marcada por la devoción a la Santísima Virgen.

Fridolín papá sostenía con su profesión de óptico a su familia. Y junto con doña María modelaron la personalidad de sus hijos en una religiosidad sólida, en el trabajo y la solidaridad. Es oportuno citar que cuando el P. Fridolín, aún seminarista regresó de Colombia a Alemania a continuar sus estudios de teología y recibir su ordenación sacerdotal, su papá fue el que pagó la pensión de esos años y lo hizo por adelantado "por que estamos temiendo - escribió en una carta- que después no valga el dinero, y sería después difícil pagarlo", a lo que añadía algún comentario a la tremenda situación de preguerra. Años después Fridolín papá seguiría colaborando con el aporte de los gastos de pensión a salesianos de Colombia que fueron a estudiar a Alemania. Hecho, por otra parte, no excepcional pues varias familias de Schwäbisch-Gmünd, han sido por años y años apoyo económico para el sostenimiento de formandos en seminarios diocesanos y religiosos. La generosidad llena de fe y motivada por ella ha sido uno de los elementos constitutivos de la cultura lugareña.

Pero también hay que considerar que la infancia del P. Fridolín sufrió todo el impacto de la hecatombe de la guerra. Conocemos lo que significó para Europa el aniquilamiento de millones de vidas humanas, destrucción de las familias, hambre y miseria. No tenemos detalles sobre cómo subsistió la familia Kieninger. Seguramente estuvieron sometidos a privaciones inmensas como era el co-

mún denominador de esas circunstancias. Pero es significativa una anécdota que le escuchamos al P. Fridolín: cuando hizo su primera comunión, estrenó un vestido de papel. La penuria debía ser inmensa, lacerante y, si en algo pudo ser aminorada, la referencia ineludible es la solidaridad del entorno humano que, además de tener que pensar en sus propias necesidades, por su posición geográfica era cruce obligado de muchos caminos. Y seguramente el amor cristiano no dejó pasar desapercibidas las necesidades que llegaban o transitaban con los desplazados.

Con las diferencias de tiempo y geografía, la niñez de Juanito Bosco se vio marcada por el tránsito en sus alrededores natales de muchísimos desplazados por la violencia de la guerra y su cauda de miserias. Tantos fueron a pedir a la casita de I Becchi un rincón para pasar la noche, un poco de calor para el frío y un pedazo de pan. Desde su pobreza, Mamá Margarita, con su gesto de compartir el pan, educó a Juanito. Se vivía la bondad de las gentes campesinas que no sabían negar ayuda a pesar de sentirse acosadas por la carencia de bienes aún para la subsistencia. De allí surgió alguien que, como dice el artículo 21 de las Constituciones Salesianas, “profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas”: un día se entregaría al servicio de los más pobres y abandonados “con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso”.

Se puede aplicar este esquema para recordar con admiración al P. Fridolín que al venir, nos trajo las “virtudes de su pueblo”, la experiencia de su pertenencia familiar, todo acrisolado por la tragedia de la guerra y convertido en opción por Don Bosco y por Colombia.

EL ITER SALESIANO

Se había empezado a hacer historia en el bautismo. Y fue madurando, quizás inconscientemente en el niño que se hacía joven en sus estudios de primaria y secundaria. Cuando los concluyó recibió el diploma correspondiente en su ciudad natal y habiéndose graduado también en enfermería, solicitó su ingreso al colegio salesiano de Buxheim en calidad de “hijo de María”, es decir, vocación adulta. Era el mes de abril de 1927 y nuestro seminarista iba a cumplir 17 años. Allí pasó tres meses y se trasladó a Fulpmes, en Austria, a terminar su experiencia. Ingresó como postulante salesiano respaldado, además de sus certificados escolares con buen promedio, por el testimonio de su párroco que lo recomendaba como persona excelente, de buenas cualidades intelectuales, físicas y morales. Su petición de ingreso, como luego serán las de admisión a votos y a las órdenes sagradas, es breve pero muy clara en motivaciones de opción salesiana. “Se mostró joven de cualidades óptimas y constitución sana”, sintetiza en evaluación final, al ser admitido por unanimidad al noviciado que hizo en Ens Dorf, el día de su cumpleaños 5 de agosto de 1928; recibió sotana el día 28 de octubre siguiente y en la fecha aniversaria de su bautismo, el 15 de agosto de 1929 profesó como salesiano.

Unos meses después, dado su gran salto misionero, llegó al...

GRAN ESCENARIO DE SU SER Y QUEHACER SALESIANO: COLOMBIA

Finales de 1929: su primera Navidad como salesiano luego de un largo viaje en barco atravesando el mar y remontando el Magdalena; luego el tren, la Sabana de Bogotá y Mosquera, pueblecito centro de formación salesiana desde algo más de dos décadas. Se puede comprender lo que significaba el arribo a una cultura nueva, del todo preindustrial y de un nivel de vida muy por debajo del que se tenía experiencia en Europa: un punto de arribo auténticamente misionero en el sentido ya expresado. Había que superar la tristeza inevitable de la separación patria, familiar, el aislamiento lingüístico, la desadaptación.

El ambiente salesiano era extraordinario. Baste pensar en figuras como el P. José María Bertola, Inspector, el P. Egidio Savio, los PP. Pascual Richetta y Jacinto Bassignana, el P. Julio Caicedo (que sería el primer obispo salesiano en Colombia) que estaban al frente de los destinos de la obra salesiana en el país. Se vivía intensamente el amor a Don Bosco cuya beatificación reciente había renovado el entusiasmo y fidelidad vocacionales. El Instituto Salesiano del Sagrado Corazón en Mosquera, que albergaba todas las etapas de formación, desde el aspirantado hasta los estudios de teología, era el corazón salesiano en Colombia. En lo material se veía una suficiencia discreta tanto en las instalaciones como en los servicios, con el gravísimo problema, eso sí, del agua cuya mala calidad ocasionó varias víctimas por el tifo, por ese entonces muy difícilmente tratable y con frecuencia mortal. El ambiente internacional lleno del entusiasmo misionero de la época y marcado por esta misma característica, era de gran fraternidad, alegría, una piedad intensa, gran devoción mariana y empeño por la adaptación y preparación para las metas apostólicas inmediatas, entre las que tenía relieve particular la obra de los lazaretos. En lo cultural-académico había niveles muy altos con respecto al desenvolvimiento educativo en el país: además de la filosofía se cultivaban en todo el sentido de la palabra el griego y el latín, las ciencias naturales, la física, la química, la literatura. Eran estudios de humanismo clásico a los que se agregaban la orquesta de grandes ejecuciones, coros polifónicos, el canto gregoriano, la liturgia. Y se contaba con formadores y profesores sólidos y brillantes como el director P. Julio Caicedo ya nombrado, los PP. José Celma, José Nürnberg, Rafael Álvarez, Medardo Charry, Heladio Agudelo.

En este ambiente se "colombianizó" el padre Fridolín: señalemos el aprendizaje del castellano que fue dominando en poco tiempo y llegó a hablar con la mayor corrección, testimonio de la asunción generosa de su nueva vida y de la entrega de la suya al campo escogido de su misión salesiana. Fueron dos años de formación que lo prepararon a los otros tres que pasó como tirocinante entre los aspirantes: rodeado de ellos emitió su profesión perpetua el 15 de agosto de 1932. Se desempeñó como profesor de música, gimnasia, química. Pero lo que más se recuerda de él es su papel de formador: la urbanidad, la exigencia en la pulcritud personal de los alumnos, el cumplimiento y la exactitud fueron aspectos que inculcó, ante todo, con el ejemplo y el trabajo incansable de acompañamiento para ayudar en el crecimiento humano de los aspirantes. También prestó servicios de enfermero en períodos muy difíciles por las epidemias de tifo. Y por encima de todo estaba el elemento de su salesianidad aquilatada y generosa

que afinó y desplegó al máximo en el acontecimiento de la canonización de Don Bosco el domingo de pascua de 1934 cuando estaba en su último año de tirocinio. Mosquera fue escuela salesiana para él, pues sus dos primeros años de teología los hizo también ahí y luego, con la finalidad de que se preparara mejor para formador de salesianos fue enviado al instituto internacional salesiano de Benediktbeuern a terminar la teología y recibir las órdenes sagradas. Allá fue apoyado por su familia. Los tiempos eran de mucha dificultad en Alemania por el ambiente del nacional-socialismo enemigo de la Iglesia y la tensión de la pleguerra.

Había dejado su corazón en Colombia. Lo demuestran comentarios de sus cartas, por ejemplo, sobre los días de oración especial que dedicaba a las vocaciones colombianas, especialmente del Aspirantado Salesiano en que había estado realizando su apostolado. También comentaba con entusiasmo los preparativos para desempeñarse luego como profesor de teología a su regreso a nuestro país. Fue recibiendo las órdenes menores y mayores, y por fin, el 3 de julio de 1938 fue consagrado sacerdote en la hermosísima iglesia abacial de Benediktbeuern por la imposición de las manos de Mons. José Kümpfmüller, obispo de Ausburgo.

A pesar de los tiempos procelosos por las tensiones políticas y presagios del conflicto bélico, las fiestas fueron grandiosas en el pueblo natal. No era para menos. Era la coronación de aspiraciones de una familia muy apreciada y, en su alrededor, la unión de gentes solidarias, bondadosas, alegres que hacían suyo este evento trascendental y lo compartían en todo su significado, aureolado por su especificidad misionera que llevaba el espíritu tan rico humanamente de Schwäbisch-Gmünd a tierras muy lejanas.

Pero los nubarrones aumentaban y se oscurecían y eran de prever conscripciones militares obligatorias que habrían truncado todos los planes. Entonces, con prontitud se preparó el retorno a Colombia y el neosacerdote P. Fridolín, cargado de mayores experiencias y conocimientos, se embarcó otra vez hacia Colombia renovando su actitud misionera enriquecida con el sacramento del orden sagrado.

SUS PRIMICIAS SACERDOTALES...

las vivió y entregó en Mosquera donde había vivido toda su primera etapa colombiana. No ya en el Aspirantado sino acompañando al grupo de estudiantes salesianos de teología que ya tenían sede aparte en la antigua casona sabanera al otro lado de la carrilera. Se superaba la etapa de los estudios teológicos hechos durante el trabajo con los jóvenes y de manera individual. Ahora el Estudiantado Teológico tenía cursos sistemáticos, formadores dedicados de tiempo completo a los cursos y procesos de preparación inmediata al sacerdocio con una duración de 4 años. Los salesianos colombianos no estuvieron solos ya que pronto se les agregaron los de Venezuela.

El P. Fridolín entró en esta realidad y contribuyó de manera notable a afianzar el Estudiantado Teológico que representaba un gran honor pero también una responsabilidad muy grande para la inspección colombiana: a inicios de 1939, al

comenzar el año académico, empezó un periodo que duraría 9 años como profesor y ecónomo de la casa. En ambas dimensiones se sirvió de su bagaje alemán y de su última experiencia como estudiante de teología en Benediktbeuern cuyo ambiente de seriedad y disciplina, lo mismo que el de piedad, quiso implantar en este seminario mayor salesiano de Mosquera. Se le recuerda como persona estricta, exigente en el cumplimiento del horario y en lo atinente al decoro eclesiástico. Como docente era muy cumplido y estricto, aunque no muy brillante. Como formador, además de lo ya señalado, sobresalió en la liturgia que lo llevó a ser verdadera autoridad en ella y un maestro de ceremonias muy respetado: no eran sólo las normas las que inculcaba; la liturgia era verdadera expresión de su piedad y esplendor de su condición sacerdotal y así quería a los seminaristas.

Uno de sus momentos de oro como liturgista y maestro de ceremonias lo vivió cuando le cupo en suerte organizar en la iglesita parroquial de Mosquera la primera misa pontifical del primer obispo salesiano de Colombia, Mons. Julio Caicedo quien era su director en el Estudiantado Teológico, y lo había sido cuando llegó por primera vez a Colombia a iniciar sus estudios de filosofía. Y lo serían también las diversas ceremonias de ordenaciones a lo largo de los años. El P. Fridolín recordaría siempre con afecto y satisfacción inmensa la que llamaba "escuela de Mosquera" como algo que imprimía carácter y de la que se sentía un fautor e impulsador tan decisivo; y con el mismo sentimiento hablaba de sus alumnos que luego ocuparon cargos de muy alta responsabilidad, de algunos que fueron preconizados obispos y de quien luego fue exaltado al cardenalato: Su Eminencia Rosalio Castillo Lara.

También tuvo logros notables, como ecónomo, en la remodelación de la casona de la antigua hacienda para que fuera albergue digno de los seminaristas. Revivió, además, con éxito la industria apícola y supo encauzar con criterios más modernos los cultivos de los campos aledaños para contribuir al sostenimiento de la comunidad.

Vale subrayar que también colaboraba con cursos de química para los postnovicios que tenían su sede en la otra casa, la del Sagrado Corazón y de gimnasia para los aspirantes.

CARGOS DIRECTIVOS EN EPOCAS NUEVAS

En 1948 pasó al León XIII en calidad de ecónomo. Esta primera casa de la obra salesiana en Colombia albergaba 600 internos en sus dos secciones de bachillerato clásico y técnico y al rededor de 80 Salesianos. También era sede del gobierno inspectorial. De modo que la tarea que asumía el P. Fridolín era compleja, lo que representaba otro gran salto cualitativo en su vida de servicio salesiano.

A los pocos meses de haberse posesionado sucedió el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán y, como consecuencia, la revuelta social que incendió los ánimos y también amplios sectores de varias ciudades, particularmente

en Bogotá. Desde la década de los 30 se habían ido produciendo procesos de transformación en Colombia desde su realidad preindustrial, con no pocas tensiones sociales. El 9 de abril, fecha trágica a la que hemos aludido, fue un hito histórico que catalizó eventos políticos de tremenda violencia y el surgimiento de nuevas configuraciones del país. Por otra parte, se entró de lleno en la caracterización urbana de Colombia como parte de la modernización. También la Congregación Salesiana, en parte como respuesta a las nuevas necesidades, inició un auge fuerte de expansión: cerca de una docena de obras surgieron en pocos años.

En este contexto el P. Fridolín añadió muy pronto a su tarea de ecónomo del León XIII la de secretario inspectorial hasta 1951 cuando debió asumir la responsabilidad de ecónomo inspectorial que desempeñó hasta 1967, o sea por 16 años, a los que siguieron dos años como vicario inspectorial.

Las grandes y aceleradas transformaciones del país exigían no poca audacia en quienes tenían responsabilidades directivas. Y el P. Fridolín supo estar a la altura de dichas exigencias. Por una parte, fue llevando el quehacer económico por los senderos de la racionalidad y dentro de los cánones de la contabilidad moderna y con el mejor manejo de las inversiones para asegurar las metas apostólicas de la Congregación. Obtuvo legados que favorecieron las vocaciones de jóvenes necesitados de muy buenas cualidades para la vida religiosa salesiana, contó con asesoramientos de expertos para tomar decisiones importantes, tuvo muy buena visión para la selección de lugares para establecer en ellos presencias salesianas, para invertir en construcciones funcionales. Quedan así como monumento a su amor por la Congregación y su interés por la vocaciones salesianas los edificios para aspirantado y noviciado en La Ceja, el actual estudiantado filosófico en Rionegro. Gracias a su esfuerzo, el edificio que albergó el noviciado en San Carlos (Tena) fue cómodo y funcional a pesar de las dificultades topográficas del lugar. Gran fautor de la que fue en Mosquera la casa aspirantado para el Salesiano Coadjutor. Se le deben igualmente tramos importantes en la sede del Estudiantado Teológico en La Cita (Bogotá). Y las relaciones institucionales de la Congregación con organizaciones oficiales fueron inteligentes y cordiales con lo que creó una estupenda red de relaciones de amistad hacia él y hacia la Comunidad.

Fue un gran propulsor de la librería y editorial salesianas: bajo su dirección llegaron a ser centro de referencia obligado en la vida bogotana y nacional. Especialmente en la difusión de misales y otros libros litúrgicos, en particular brevarios de las casas más importantes de Europa como la Pustet. La edición corregida y adaptada a Colombia del *Joven Instruido*, libro tradicional de ejercicios de piedad preparado para los jóvenes por el mismo Don Bosco. Igualmente libros de texto como las varias ediciones de la *Urbanidad Cristiana* del P. Ballari, publicación que era reflejo de sus actitud de respeto y sentido de cortesía. Ediciones muy apreciadas fueron las de textos de educación técnica, clásicos latinos y griegos, libros de catequesis, libros escolares de materias varias. Hizo publicaciones de música sagrada y llegó a más de 250 títulos para la galería dramática salesiana.

Su interés por la mejor preparación de los salesianos dejó huella: con el inspector P. Gaudencio Manachino abrió las compuertas al envío de salesianos a centros del exterior: trazaron brecha grupos de coadjutores que fueron enviados al centro técnico profesional "Institución Dr. Juan S. Fernández" en San Isidro, suburbio de la gran ciudad de Buenos Aires y los de seminaristas que viajaron a las universidades Gregoriana de Roma y Salesiana de Turín, lo mismo que a otros estudiantados de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania. A los que iban a Benediktbeuern el P. Fridolín les gestionaba becas que cubrían casi del todo o totalmente las pensiones. Todo esto redundó en una elevación del nivel intelectual de la Inspectoría.

Todas estas actividades no mermaron su fervor pastoral: atendió capellanías de colegios, comunidades religiosas, ayudó en parroquias y así creó en derredor suyo un grupo amplio de amigos que contaron con él como sacerdote de confianza, consejero y guía.

Conocedor, por experiencia personal, de los sufrimientos de la guerra y de sus terribles consecuencias, buscó por todos los medios enviar ayudas al Rector Mayor para colaborar en pequeño pero con generosidad a las necesidades de los salesianos que padecían hambre pero que, aún así, sostenían heroicamente las obras en favor de los jóvenes que, por las circunstancias, eran de los más necesitados.

Su personalidad salesiana, madura y acrisolada y la trayectoria de sus realizaciones y servicios le merecieron confianza tal de parte de los Superiores Mayores que el Revmo. P. Renato Ziggitti, Rector Mayor, que acababa de visitar nuestra inspectoría colombiana, nombró al P. Fridolín **inspector** en Cuba y le pidió que partiera de inmediato de modo que su "próxima carta le llegara al Rector Mayor desde Cuba". Pero los acontecimientos revolucionarios que se precipitaban en la isla no le permitieron al P. Fridolín el viaje inmediato y muy pronto la posibilidad de ingreso a Cuba se cerró y le fue imposible cumplir con lo que le había pedido la obediencia religiosa.

Entonces siguió en su labor de ecónomo por 7 años más hasta que el Inspector de entonces, P. Luis Enrique Rodríguez, lo nombró su vicario, cargo que ejerció dos años, en 1967-1968.

El año 1969 fue nombrado director del Centro Don Bosco, entonces obra muy compleja para que le diera mayor organización. Según comentó el mismo, fue su año mas difícil. Aceptó con "el mayor anhelo de acertar" en su gobierno, según comenta alguien que estuvo muy cerca de él en aquel tiempo. No escasearon roces con otros salesianos de trayectoria en dicha obra, debido sobre todo a diversidades de estilo. El P. Fridolín era estricto y hasta meticuloso en lo que a la organización atañía, exigente y muy cuidadoso en materia de cuentas. Aunque consciente de su autoridad como director, siempre fue prudente y hasta paciente en aspectos que consideraba de urgencia.

Se preocupó mucho por la marcha de la comunidad como tal, por su unión y bienestar y hasta fue innovador ensayando terapias de grupo dirigidas por un experto en materia. De manera particular se esmeró por el acompañamiento vocacional de los salesianos más jóvenes, animándolos en todo sentido, apoyando sus iniciativas y en actitud verdaderamente paternal y afectuosa que, de verdad, le salía del corazón. También puso todo su interés en la numerosa muchachada que frecuentaba el Centro Don Bosco: compartía el comedor con los alumnos y se interesó de mil maneras en darles la mejor alimentación posible y en formarlos en cuanto a sus modales y comportamiento: la urbanidad era su argumento preferencial.

Con todo, este año de directorado le dejó un sabor no muy grato. Se sintió frustrado en su inmenso deseo de acertar y hasta incomprendido, como lo manifestó algunas veces. Sin embargo se creció en su personalidad de pastor salesiano, dimensión que proyectaría con tanta intensidad en las casi dos últimas décadas de su existencia en la responsabilidad salesiana que seguramente fue la que más amó:

ASESOR INSPECTORIAL DE EXALUMNOS SALESIANOS

Llegó a ella con el bagaje de 40 años de vida salesiana en Colombia, con todo su significado de servicio, de entrega de su vida encarnada en nuestra cultura, idiosincrasia, necesidades espirituales y materiales. A lo que hay que añadir la consideración de crecimiento personal salesiano-colombiano hacia la plenitud del ser que todos anhelamos y por la que se supone que todos optamos. Y hacia sus metas concretas de encuentro con Don Bosco y de encuentros en su nombre iba todo el camino de su fidelidad religiosa. El artículo 2º de las Constituciones Salesianas lo traduce en lenguaje de santidad: "Ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres. En el cumplimiento de esta misión, encontraremos el camino de nuestra santificación".

Ya se había solidificado en su persona una doble inculturación, para emplear términos que abren tantas posibilidades de comprensión y de medida de una vocación concreta: en la salesianidad, con la que hacia cada día más suyos el espíritu y la bondad de Don Bosco y en la "colombianidad" como el campo que Dios le había entregado. Así llegaba a su nivel culminante su vocación misionera.

Esta personalidad salesiano-colombiana, madura y luminosa, la destacó Mons. Héctor López en su homilía, interpretación fidedigna del sentir de los Exalumnos: "Revestido, como nos exhorta San Pablo en la carta a los Colosenses, de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, el P. Kieninger se entregó en forma total a sus queridos exalumnos. Su trabajo entre ellos no sólo era el del consejero familiar, el del guía espiritual; era también el del salesiano amable, sonriente, que acogía con verdadero amor de padre, hermano, amigo a cuantos acudían a él o iban a la Casa del Exalumno, que por eso se convertía en genuina casa de Don Bosco. ¿No aprendieron ustedes, los exalumnos, el amor en esta casa-hogar experimentando personalmente la familiaridad del P. Fridolín?"

Y la destacaron también los muchos exalumnos que se pudieron hacer presentes en la Misa exequial y que la vivieron con toda la carga de su gratitud compartiendo plenamente lo que resaltaba Mons. Héctor López : “Cuántos detalles tuvo él a lo largo de estos casi 30 años frente a los Exalumnos: la carta personal de congratulación, la cita oportuna a las reuniones, las visitas a los hogares, las reuniones y las asambleas preparadas con la exactitud alemana y con la bondad cristiana”

Por toda esa manera de llegar, de saber llegar al corazón de cada uno, sus bodas de plata y sus bodas de oro sacerdotales habían sido homenajes sentidos y esplendorosos. Se vio rodeado de una explosión de cariño inmenso, espontáneo, verdadero eco de todo el que se le había salido del corazón y todos los años el aniversario de su nacimiento se convertía en una convocación a la fiesta, llena de personas, de mensajes e iluminada por la sonrisa de satisfacción inmensa de quien recogía el fruto de su siembra.

Su patria natal, que se había visto tan bien representada en Colombia por el P. Fridolín, le otorgó la Cruz del Mérito de Primera Clase por “sus méritos especiales por la patria y la nación “. Y su patria de adopción, Colombia, lo condecoró como a uno de sus hijos más destacados con la Orden de San Carlos en el grado de Caballero. Y a fe que era un caballero a carta cabal.

“LLEVO SOBRE MI CUERPO LAS SEÑALES DE JESÚS...”

Como la expresión conclusiva de la carta de San Pablo a los Gálatas concluyó el testimonio salesiano misionero terrenal del P. Fridolín. Una serie de minitrombosis en el cerebro le fueron afectando sus capacidades de locomoción. La arteriosclerosis también se hizo sentir. Una mañana amaneció sin poderse valer. Y se le vio reducido a su pieza y a la silla de ruedas. Pudo decir con el Apóstol: “Estoy crucificado con Cristo”. Fueron los dos años últimos de su existencia. Se le rodeó de cuidados médicos. Su enfermedad nos colocó a sus hermanos salesianos en esa relación de fraternidad que describe con sencillez y profundidad el artículo 53 de nuestras Constituciones: “La comunidad rodea de atenciones y cariño a los hermanos ancianos y enfermos”. Y el P. Fridolín fue la realización vivencial de lo que concluye el mismo artículo: “Estos, con la prestación de los servicios que les sean posibles y aceptando su situación personal, son fuente de bendición para la comunidad, enriquecen su espíritu de familia y hacen más profunda su unidad.

“Su vida adquiere un nuevo significado: ofreciendo con fe sus limitaciones y sufrimientos por los hermanos y los jóvenes, se unen a la pasión redentora del Señor y siguen participando en la misión salesiana”.

En su silla de ruedas pudo asistir a la concelebración semanal de la comunidad y a las reuniones comunitarias, lo mismo que a alguna celebración festiva. Siguió recibiendo con agradecimiento, sonrisa y gracejos, las visitas de sus familias amigas, los Exalumnos que tanto lo querían. Hubo también algunas llamadas telefónicas a sus seres queridos en Alemania. La amistad, esa amistad desbordante en su corazón, fue la mejor expresión de esa última etapa y su

mejor cosecha. Tantos amigos de cerca y de lejos lo acompañaron personalmente o por medio de mensajes. No estuvo solo. Tampoco se quejaba.

Los síntomas de su enfermedad se fueron aumentando. Muy a lo último no pudo volver a concelebrar. La comunión si la recibía todos los días. En noviembre y en diciembre se le vio agobiado y entristecido. Una nueva trombosis fue la señal de alarma y parece que él lo comprendió así. Las varias veces que recibió la unción de los enfermos fueron momentos que vivió con intensidad. La última vez en casa, a pesar de su marcado deterioro, también siguió el rito sacramental y se hizo la señal de la cruz. Un agravamiento repentino nos hizo llevarlo a la clínica. Los cuidados médicos fueron para darle alivio. Estuvo sumido en sopor y en calma. Algunos amigos lo acompañaron en la medida de sus posibilidades. Los salesianos de la comunidad nos turnamos para estar a su lado. Y así desde el afecto fraternal expresado en la presencia de sus hermanos en comunidad, el 17 de enero a las 2 y algunos minutos de la tarde se fue a decirle a Don Bosco: MISIÓN CUMPLIDA.

Se nos voló de la tierra un verdadero gigante de la bondad. Fue tanto lo que nos trajo y dio de las virtudes de su pueblo natal, de su familia de origen, de su adaptación a nuestras circunstancias: nos imprimió la huella de su cultura, de la elegancia del ser, de la comprensión fina de los detalles del gran ambiente a donde había llegado y de los ambientes de sus encuentros en todo lo que, por ser tan humano, se siente sublimado cuando es percibido y obtiene una respuesta: está todo su sentido de amistad y acogida permanente y su llegada amable y sonriente a los acontecimientos que son la razón de ser de la familia cristiana: cumpleaños, bautizos, primeras comuniones, grados, matrimonios y el dolor y la esperanza de las grandes despedidas terrenales. Una pastoral de amistad y de detalles que colmaban. Por lo que se hizo imprescindible, hacia falta. Y hará falta. Pero desde el cielo sus "detalles" nos lloverán como gracias que enriquecerán de Dios nuestras vidas. Y sonriente y bondadoso nos seguirá dando la bendición de María Auxiliadora como demostración de su agradecimiento y como prenda del reencuentro que anhelamos con él, como Familia Salesiana, en la casa del Padre.

COMUNIDAD SALESIANA DEL LEON XIII

P. Fridolín Kieninger Stütz: Nació en Schwäbisch-Gmünd (Alemania)
el 5 de Agosto de 1910
Murió en Santafé de Bogotá (Colombia)
el 17 de enero de 1996
a los 85 años de edad
66 de profesión religiosa salesiana
57 de sacerdocio
